

Misioneros Paúles, mártires de la fe

13 de octubre de 2013 – Tarragona (España)

Joaquín González Hernando, C.M.

Visitador de la Provincia de Madrid-España

INTRODUCCIÓN

Fue el beato papa Juan Pablo II quien escribió en *Incarnationis mysterium n° 21*, durante el Año jubilar 2000: *Un signo perenne, pero hoy particularmente significativo, de la verdad del amor cristiano es la memoria de los mártires. Que no se olvide su testimonio. Ellos son los que han anunciado el Evangelio dando la vida por amor; el martirio es signo de aquel amor más grande que compendia cualquier otro valor.*

Aquellas palabras de Juan Pablo II no cayeron en el olvido para Iglesia española ni para la Congregación de la Misión en España. De ahí que trece años más tarde, el 13 de octubre del 2013, en la ciudad de Tarragona, tras los laboriosos procesos de estas Causas, fueron beatificados 522 mártires originarios de diversas diócesis y congregaciones religiosas de España, víctimas de la persecución religiosa del siglo XX.

Desde ahora, sus nombres serán inscritos en el *Martirologio* de la Iglesia y serán objeto de veneración y de culto. Este día también quedará inscrito en la historia de nuestra Congregación en España como histórico y memorable tras la beatificación de once Padres y tres Hermanos coadjutores. Y no menos memorable para la Compañía de las Hijas de la Caridad, por un grupo de 27 Hermanas y una Hija de María de la Medalla Milagrosa, también beatificadas. Con este breve escrito, quiero rendir un sencillo homenaje a los catorce Misioneros paúles mártires, ya beatos, y un recuerdo agradecido a sus vidas y a su testimonio de fe.

UN RECUERDO AGRADECIDO

La Causa de los 14 misioneros paúles, encabezados todos por el P. Fortunato Velasco Tobar, largamente esperada y felizmente concluida con el Decreto del Papa Francisco (5 de julio de 2013), ha significado la voluntad de la Congregación en España de no olvidar la memoria de aquellos que por causa de Cristo sufrieron muerte violenta, dándonos el testimonio más alto de fe. Nosotros no queremos olvidar el recuerdo de quienes amaron a Cristo hasta derramar su

sangre. No podemos olvidar a estos compañeros que amaron tanto a Dios, a la Iglesia y a la Congregación que se entregaron ellos mismos.

Estos catorce Misioneros (Fortunato Velasco, Leoncio Pérez, Luis Aguirre, Tomás Pallarés, Salustiano González, Antonio Carmaníu, Ireneo Rodríguez, Gregorio Cermeño, Vicente Vilumbrales, Narciso Pascual, Amado García, Andrés Avelino, Ricardo Atanes y Pelayo José), martirizados en distintas regiones de España (Teruel, Seu de Urgel, Guadalajara-Sigüenza, Asturias), padecieron los más variados suplicios. Al cruel sufrimiento físico, hay que añadir el espiritual, no menos doloroso. El haber alcanzado la palma del martirio es, sin duda, la causa por la que ahora están presentes entre nosotros y por la que su memoria permanecerá para siempre.

Todos ellos son hijos de unas familias salidas de la entraña más profunda del pueblo cristiano. De un pueblo que por siglos ha vivido con los pies fijos en la tierra cultivada y con los ojos clavados en el cielo que esperaban. A estos Siervos de Dios les tocó vivir una de las etapas más trágicas de la vida social española: la revolución de 1934 y el comienzo de la guerra civil. Guerra, entre españoles, que se extenderá del año 1936 al 1939. La guerra civil es el contexto sociopolítico en que se produjo la muerte de la mayoría, pero ellos son víctimas no de una guerra civil sino de una persecución religiosa, dos conceptos totalmente diferentes. Por desgracia, toda guerra tiene víctimas inocentes. Son muchas las lágrimas de madres que lloraron la muerte de sus hijos en uno y otro bando. Toda muerte inocente es respetable y digna de compasión.

Para este grupo de Cohermanos nuestros, desconcertados ante la persecución religiosa, se abrió en aquel entonces una senda que les conduciría al martirio. Iban a morir por la fe, por ser religiosos, no por las ideas políticas. Los relatos de los últimos días de sus vidas son realmente aterradores: fugitivos, ocultos, delatados, torturados y, a la postre, asesinados. La oración y la intercesión de la Virgen Milagrosa les sostenían. ¿Quién puede afirmar que quisieran mal a nadie? ¿De quién eran enemigos? Eran misioneros valientes: la oración y la eucaristía les había hecho fuertes. Y con esa fortaleza afrontaron la muerte con palabras de perdón en los labios, encomendando su vida a la Virgen y rogando por aquellos que les mataban. Del mismo modo que Jesús: "Padre, ¡perdónalos, porque no saben lo que hacen!".

El martirio sella el amor y la entrega que San Vicente de Paúl les había inculcado: *No hay ningún acto de amor más grande que el del martirio*. O como dijo en otra ocasión: *La salvación de los pueblos y nuestra propia salvación son un beneficio tan grande que merece cualquier esfuerzo, al precio que sea; no importa que muramos antes, con tal que muramos con las armas en la mano; seremos entonces felices, y la Compañía no será por ello más pobre, ya que "sanguis martyrum, semen est christianorum"*.

GOZO Y COMPROMISO

La celebración del 13 de octubre, en Tarragona, fue un gozo, pero a la vez es un compromiso para todos. Compromiso que deberíamos seguir concretando en diversas iniciativas que son expresión y fruto del Año de la fe que acabamos de clausurar. Celebrar la beatificación de este grupo de Misioneros mártires tendrá pleno significado para nuestra Congregación, en España y en el mundo entero, si somos capaces de tomar el relevo de su fe, si tomamos la antorcha encendida de su esperanza y la vivimos en aquella caridad que actúa por la justicia. Tendrá pleno significado para nosotros si en cada Comunidad local, en cualquier rincón del mundo donde nos encontramos trabajando los vicencianos, no escondemos la luz de la fe bajo la mesa, sino que la ponemos en alto, dando testimonio del Dios Viviente. Glorificaremos a nuestros mártires si tomamos una viva conciencia de que el camino de la Congregación continúa por el camino de la fe, de la esperanza y del servicio a los más pobres. Es un camino que cada uno de nosotros debe seguir con alegría y conversión del corazón.

En toda la Iglesia universal, y también en nuestra propia Congregación, necesitamos el testimonio de los mártires y aprender constantemente de la lección de su sacrificio. En un tiempo en que estamos rodeados por tanta ideología que niega al Dios vivo y es adversa a la fe, los mártires nos ayudan por su intercesión y su testimonio a permanecer fuertes en la fe. La Iglesia los propone como ejemplos de paz y de perdón, de fidelidad y de compasión por todo el mundo. La Iglesia no apunta a los culpables de sus muertes, apunta al potencial de humanidad que se encierra en aquellas vidas entregadas.

El martirio de estos Cohermanos es un don, una gracia que nos invita a la fidelidad. Hoy son un referente. Su testimonio martirial es muy importante, pero es el resultado de toda una vida. El martirio fue una consecuencia de esta fidelidad permanente. Quizás nosotros no estemos llamados al martirio cruento, pero sí a la fidelidad. Estamos llamados a dar testimonio del Evangelio de Jesucristo evangelizador de los pobres en el vivir de cada día. Un testigo sólo es creíble si vive la caridad de los hijos de Dios. Esto es lo que el mundo espera de nosotros como vicencianos.

Si la Iglesia y la Congregación glorifican a estos siervos de Dios, no es para honrarlos, porque no necesitan para nada nuestra gloria – ya que gozan de la promesa de que “el Padre honrará a quienes que se hacen servidores míos” (Jn 12,26) –, sino para recoger la herencia de su testimonio, que nos compromete a ser también testigos del Señor. Pero no son sólo ejemplo, son también poderosos intercesores en el combate de la fe y en la búsqueda de la paz.

CONCLUSIÓN: dichosos vosotros

El sentido teológico más profundo de la beatificación está dictado por las palabras de Jesús: "Dichosos vosotros cuando por mi causa os insulten, os persigan y digan contra vosotros toda clase de calumnias. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo, pues así persiguieron a los profetas anteriores a vosotros" (Mt 5,11-12). Celebramos que la dicha del Señor se cumple en ellos: "Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos" (Mt 5,10). Todo ello nos tiene que ayudar a adquirir conciencia de caminar hacia la Jerusalén del cielo.

La predicación de los mártires es silenciosa, pero elocuente. Hacen crecer a la Iglesia no desde la fuerza, sino desde la debilidad. La muerte, una derrota ante el mundo, se convierte en victoria a los ojos de la fe; y por eso tienen tanta significación teológica las célebres palabras de Tertuliano: *La sangre de los mártires es semilla de cristianos*. La Iglesia se ha hecho grande por el testimonio admirable de los santos mártires, que proclaman la resurrección de Jesús. Y la Congregación, también, se hizo grande en el siglo pasado en España. Ya dijo San Vicente de Paúl: *Por un misionero que haya dado su vida por caridad, la bondad de Dios suscitará otros muchos que harán el bien que el primero haya dejado de hacer*. Que sigamos siendo grandes, grandes en amor y entrega a los pobres. Y que la sangre derramada de estos catorce Misioneros siga siendo semilla de nuevas vocaciones a la Congregación.